JUGADORAS



Una novela inspirada en hechos reales, donde el fútbol femenino entrelaza vidas, tiempos y lugares a lo largo de un siglo y se atreve a desafiar el orden establecido

BLUME

FACUNDO GÓMEZ ROMERO



Dirección editorial Leopoldo Blume
Diseño y maquetación Anna Valls Torres
Coordinación y edición Cristina Rodríguez Fischer

Primera edición en lengua española 2026

© 2026 Naturart, S.A. Editado por BLUME
Carrer de les Alberes, 52, 2.°, Vallvidrera
08017 Barcelona
Tel. 93 205 40 00 e-mail: info@blume.net
© 2026 Facundo Gómez Romero

I.S.B.N.: 979-13-88454-12-7
Depósito legal: B 17.071-2026
Impreso en Índice, Arts Gràfiques, Barcelona

Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción total o parcial de esta obra,
sea por medios mecánicoo electrónicos,
sin la debida autorización por escrito del editor.

WWW.BLUME.NET



CONTENIDO

I: ESTELA Y GRATKEN 7

II: ESTELA, GRATKEN Y ELSA 37

III: ELSA, GRATKEN Y ESTELA 69

IV: INGA 101

V: GRETEL Y SUSANNE 133

VI: NÚRIA Y ANDREA 169

VII: FINAL DEL JUEGO 201

EPÍLOGO 233



ESTELA Y GRATKEN

El fútbol es un sistema de signos, por lo tanto, es un lenguaje.
Hay momentos que son puramente poéticos.
Se trata de los momentos de gol. Cada gol es siempre una invención,
es siempre una subversión del código: es una ineluctabilidad,
fulguración, estupor, irreversibilidad. Igual que la palabra poética.
El goleador de un campeonato es siempre el mejor poeta del año.

Pier Paolo Passolini, *Il Giorno*, 3 de enero de 1971

El fútbol es territorio de hombres. Y, si una mujer se atreve a pisar
ese territorio, deberá soportar la desconfianza, la subestimación
y una cierta molestia por participar de una fiesta a la que no fue invitada.

Claudia Piñeiro, prólogo de *Las dueñas de la pelota.*
***Cuentos de fútbol escritos por mujeres*, Editorial Ateneo, 2014**

I

El paisaje lucía incierto, incrustado allí donde la ciudad se deshilachaba en arrabales cortados por la cenagosa mancha del río. Quizá demasiado cercano a esa especie de tierra de nadie que dividía la provincia de la capital. En el descampado: una cancha de fútbol con tribunas de recios tablones; más allá, el rosario de hornos de ladrillo y curtiembres vomitando densas columnas de humo hacia el cielo azul. Recortado incólume contra el firmamento, el arco de hierro del gran puente derramaba lágrimas de óxido sobre la negrura del río. El reflejo de su imagen cabrilleaba un breve instante en el agua hasta que el vaivén monocorde del líquido aceitoso lo deshacía en mil pedazos.

Inmediatamente por fuera del rectángulo de cal latía el bullicioso público; trajes y sombreros, los hombres; vestidos largos y tules, las féminas; dentro de este, el inusual espectáculo de veintidós mujeres enfrentadas, corriendo detrás de una pelota de fútbol. Camisetas blancas y celestes, bermudas, medias largas a media pierna y gorros aprisionando la bulliciosa anarquía de los cabellos. El árbitro, un hombre, ataviado con un curioso atuendo de chaqueta, gorra de plato, una corbata finísima y pantaloncitos.

Inauguraban un derrotero histórico y no lo sabían; para ellas, tan solo se trataba de un partido de *football* en una tarde gloriosa de sol. El calendario marcaba que era un viernes, 12 de octubre de 1923.

II

Una primorosa glorieta de madera acechada por un jazmín que se ensortijaba por su estructura dominaba el jardín, totalmente engalanado aquella tarde con banderas celestes y blancas. Dispersos aquí y allá, diversos corros de invitados bebían sus refrescos y charlaban departiendo tranquilamente bajo el pálido sol que calentaba tímidamente la primavera de Copenhague. Era el patio de la Embajada Argentina en Dinamarca y se festejaba la fiesta patria del 25 de mayo.

Un grupo de hombres y mujeres opinaban animadamente acerca de la situación europea; ellas, enfundadas en elegantes y vaporosos vestidos; ellos, en soporíferos trajes a cuál más rígido y acartonado, rivalizando por ser todos los de colores más opacos y aburridos. Súbitamente, sin permiso alguno y surgiendo de la nada misma, una pelota invadió la escena. Cayó del cielo, y se acercó a saltos, hacia donde estaba uno de los corros. Un hombre alto protestó en danés:

—Son los chicos de al lado; a cada rato se les cae la pelota.

Ella, la pelota, era un esférico marrón oscuro con una hirsuta cicatriz de duro tiento en uno de sus lados, y terminó ubicándose cerca de los pies de una joven señora, vestida de color crema y con una capelina en la cabeza. Sin dudarlo siquiera un segundo, la mujer pisó la pelota, deslizó la planta del pie por encima de esta y luego colocó el pie por debajo. En un solo movimiento, levantó el balón, hizo uno, dos, hasta seis toques con ambos pies y después le pegó con la cara externa del pie derecho, con tal fuerza y precisión que hizo que la pelota traspusiera el alto paredón para perderse del otro lado.

Cuando salieron del asombro, los ocasionales espectadores vitorearon efusivamente a la mujer; alguno incluso aplaudió con entusiasmo. Uno de los señores comentó:

—Dios mío, señora mía, no sabía que usted tuviera tal dominio del balón.

Ella se sonrió y deslizó como al pasar:

—¿Por qué no, tal vez porque lo impide mi condición de mujer?

—Precisamente, mi querida, precisamente, no son juegos ni destrezas aptos para un cuerpo femenino.

—Sin embargo, yo, allá en Buenos Aires, jugaba al *football*.

Una mujer alta y rabiosamente rubia se acercó al grupo con el rostro brillante, y exhibiendo una amplia sonrisa le dijo, en español, a la que había hecho jueguito con la pelota:

—La felicito señora, la felicito... se nota que usted ha jugado al *football* y que lo ha hecho maravillosamente bien.

—Gracias, gracias... justamente le contaba a estos señores que allá en Buenos Aires jugaba y...

—¿Mujeres jugando al *football*? ¿Qué clase se disparate es ese? —manifestó un hombre de gruesos bigotes como manubrios, que se había sumado al grupo siguiendo a la rubia.

Fue ella misma quien replicó encrespada:

—Para que sepas, mi querido Walther, yo también jugaba al *football* en mi juventud.

—¿También allá, en la Argentina? —indagó, azorado, el sujeto de los bigotazos.

—Sí, y una vez jugamos un partido oficial y todo, un desafío. Nos enfrentamos Cosmopolitas contra Argentinas. Hasta salió una nota en el diario *Crítica*. Todavía conservo el recorte.

Boquiabierta, la mujer que había hecho destrezas con el balón, le preguntó entonces en español:

—No lo puedo creer, yo misma jugué ese partido...

—¡No me diga! Qué increíble coincidencia, ganaron ustedes 4 a 3.

—Sí, fue maravilloso, único, uno de los recuerdos más lindos de toda mi vida... hice dos goles, entre ellos el de la victoria —dijo, conmovida y hasta emocionada, la mujer de la capelina.

—No lo dudo, con ese dominio del balón no me extraña. Me llamo Gratken Branderburguer, encantada —dijo la rubia extendiéndole la mano.

—Mucho gusto, Estela, Estela Solari, y me gustaría mucho ver el recorte del diario...

III

—Pero, claro que sí, cuando desee. ¿Y dígame, si no es indiscreción indagar, qué anda haciendo tan lejos de la patria?

—Mi marido está cursando un posgrado en psicología acá en Copenhague y vine a acompañarlo. ¿Y usted?

—Hace ya años que vivo acá. Conocí a mi marido en Buenos Aires; él estaba en un viaje de negocios y, aunque es alemán, posee una gran fábrica acá en Dinamarca.

Acto seguido, los cuatro hicieron las presentaciones de rigor. En la charla posterior, los dos maridos volvieron a la carga con el tema *football*:

—¡Qué estupidez eso del *footbal* femenino! Ya no saben qué inventar las mujeres, ¿no, mi amigo?

—La verdad que no, es completamente insólito, por no decir absurdo.

—¿Qué dice la psicología moderna al respecto?

—Nada, qué va a decir, al menos que yo sepa...

—Bueno, pero jugábamos y lo hacíamos muy bien —dijo desafiante Estela—. Y, si me apuran, tan bien o mejor que los hombres.

—Jojojojojo, qué disparate, perdone la risa —dijo el individuo de los grandes bigotes—, pero ustedes no tienen ni la fuerza ni la agilidad de un hombre, eso jamás.

—Es que no todo es fuerza y agilidad... Mire si no la proeza de la aviadora norteamericana Amelia Earhart, que hace un tiempo realizó el viaje Hawái-California en solo 18 horas, imponiéndose a los más notables aviadores del mundo. Ella, una mujer.

El tal Walther, relativizó el asunto:

—Ehhh, pilotando una máquina puede ser, un caso entre miles... pero tratándose de deporte físico y de fricción, ahí sí que no hay nada que hablar, el hombre siempre será superior. Está en su constitución física, recia y compacta.

Súbitamente, el sol pareció disolverse entre un telón de nubes.

—Listo, ya está, era demasiado una hora entera de sol; a nublarse otra vez —protestó Estela.

—Me pregunto qué diría tu tan admirado *Herr* Hitler respecto de lo que estamos hablando —deslizó, suspicaz la rubia, dirigiéndose a su marido.

—El *Führer* es bien claro en relación al rol de la mujer en la sociedad moderna: es el bastión del hogar y debe tener muchos hijos para asegurar la supremacía de la raza aria. En dos palabras, nada de andar haciéndose los machos por allí.

Estela lo miró, roja de ira, y barbotó:

—Si me da un tiempo prudencial, digamos un par de meses, antes que se termine el verano, me comprometo a conformar un equipo femenino y jugar contra el que usted arme con los empleados de su fábrica.

—Jajajajaja, qué locura, señora Estela, qué locura...

—Ninguna locura —lo cortó en seco Gratken—. Apoyo a Estela y voy a trabajar junto con ella en el armado del *team* femenino.

Dicho esto, las dos mujeres se abrazaron emocionadas.

—Está hecho el desafío entonces, señoras y señores —expresó el psicólogo restregándose las manos—. Pongamos que... en dos meses, sí, en dos meses, el 25 de julio, se juegue el gran *match*.

—Perfecto, perfecto, y le agrego un poco de condimento al evento: si mis muchachos ganan por menos de 3 goles, les entrego a ustedes dos la suma de 15 000 coronas —manifestó con gesto ufano el empresario.

—Magnífico, Estela, en dos meses ganaremos nada más y nada menos que 15 000 coronas —dijo, desafiante, Gratken.

IV

Las primeras dos semanas resultaron complicadas. La mayoría de las mujeres con las que hablaban las tildaban de locas o simplemente eludían el compromiso esbozando una sonrisa soez en el dibujo de los labios; sin embargo, fue en los barrios obreros de Copenhague en donde fueron encontrando entusiastas del balompié. En el primer entrenamiento, tanto Gratken como Estela visualizaron tres chicas que no solo jugaban bien, sino que, además, estaban en perfecto estado físico.

Transcurridos los primeros entrenamientos, Estela y Gratken se dieron cuenta que el obstáculo fundamental era trabajar en la confianza de las chicas. Lograr en ellas el convencimiento de que podían enfrentar a los hombres sin hacer el ridículo. Los entrenamientos tenían entonces su parte de trabajo físico y su segmento dedicado al machaque mental, cuya finalidad era cimentar las habilidades femeninas en la práctica del *football*.

Gratken, si bien iba a ser la directora técnica del equipo, sintió que debía comenzar un ajustado período de saneamiento de su físico. Habían transcurrido doce años desde aquel 12 de octubre de 1923, en que era una muchachita que volaba detrás de la pelota, metiendo pierna fuerte y yendo y viniendo por todo el medio del campo.

Ahora era toda una matrona con tres hijos y la buena vida le había engrosado el talle. Todas las mañanas comenzó a trotar por las afueras de Copenhague; al principio, se cansaba enseguida, pero la férrea constancia y un estricto régimen de comidas le fueron moldeando la figura.

En diversas oportunidades, Walther, su marido, la acompañaba unos metros con el auto mientras ella corría por los bosques y se burlaba preguntándole si sería parte de las locuras de Estela. Ella nada decía, tan solo apretaba los dientes y proseguía corriendo.

Dentro del grupo de buenas jugadoras descubierto por Gratken y Elsa destacaba Inga Grossman. Esta era una muchacha morena de lánguidos ojos marrones y físico endeble. Fuera del campo de juego, su figura no decía nada, para colmo casi ni abría la boca, y, cuando lo hacía, hablaba tan bajo que nadie escuchaba lo que decía, pero, cuando pisaba una cancha de fútbol, todo su enorme talento florecía.

Llevaba la pelota pegada al pie y metía unos pases entre líneas de ensueño; muchos de ellos dejaban a la delantera de turno de cara al gol. Leía el partido como nadie, y parecía tener ojos en la nuca. Siempre, pero siempre, sabía dónde estaban cada una de sus compañeras y de sus rivales en el campo de juego, sin necesidad de constatarlo con la vista.

Ya en los primeros entrenamientos, la sincronización con Estela fue perfecta: asistencia de Inga, gol de Estela; parecía ser la clave de la victoria. La morochita de ojos impávidos estaba casada con un obrero industrial que trabajaba en la fábrica de Walther y tenía dos hijos varones pequeños.

El fresco verano danés fue transcurriendo mansamente. Día tras día se iba acercando la fecha del encuentro. El equipo femenino estaba muy aceitado, y funcionaba a la perfección el tándem Inga-Estela en el ataque. A solo dos semanas del partido, Inga faltó a tres entrenamientos seguidos. Preocupadas, Gratken y Estela averiguaron dónde vivía esta y se acercaron hasta su domicilio.

Inga vivía en un sector de los barrios bajos del puerto de Copenhague, unas casuchas que entreveraban endeblemente madera y ladrillo, ubicadas casi de cara al mar Báltico. Se entrevistaron con la enclenque jugadora, quien contestó con evasivas y afirmó que se sentía mal, que la disculparan, pero que no iría más a entrenar y que no jugaría el partido.

Gratken amagó con dar por terminada la reunión, pero Estela insistió en quedarse un rato más. Era casi media tarde e Inga pugnaba por dar por finalizada la entrevista. Estela sospechó que la dinamarquesa tenía pavor de que su marido regresara de la fábrica y encontrara a las dos mujeres allí. Sin pelos en la lengua, le preguntó:

—¿Es por tu marido, no?

—¿Cómo, qué dice?

—Que no vas a jugar porque te lo impide tu marido. Él trabaja en la fábrica de Walther, Gratken; yo misma lo averigüé.

—Ajá, y ¿entonces? —preguntó esta.

—Es fácil, si Inga juega, brilla y ganamos, el marido tiene miedo de perder el empleo.

—¿Qué? Para nada. Walther es petulante y un poco engreído, pero es justo, eso jamás pasaría.

—Eso se lo debés asegurar al marido de Inga, no a mí.

—Por supuesto que lo haré, tan solo esperemos a que llegue, ¿te parece bien, Inga?

Esta asintió con la cabeza y sirvió otra ronda de té con las clásicas galletas danesas de mantequilla.

Cuando llegó el trabajador, un rubio robusto de aspecto patibulario, la propia Gratken se encargó de dejar las cosas en claro. El hombretón comprendió y las despidió con una media sonrisa en los labios. Las dos mujeres se marcharon exultantes, habían sorteado el último escollo antes del gran *match*. Ahora todo dependía de ellas.

A comienzos del siglo XX, cuando una mujer que se atrevía a jugar al fútbol desafiaba mucho más que las reglas de un deporte, un puñado de vidas empezaron a entrelazarse de un modo inesperado.

Desde Buenos Aires hasta Copenhague, desde la Cataluña anterior a la Guerra Civil hasta otros escenarios marcados por grandes acontecimientos del último siglo, como la Segunda Guerra Mundial y el Mundial de fútbol de México de 1971, *Jugadoras* sigue el destino de mujeres que se niegan a aceptar el papel que su tiempo les ha reservado. El fútbol será el hilo invisible que unirá sus historias: un espacio de libertad, rebeldía, amistad, amor y resistencia.

Inspirada en hechos reales, esta novela coral recupera episodios olvidados y personajes que pudieron existir para construir un relato vibrante donde la memoria dialoga con la ficción. A través de generaciones y continentes, Facundo Gómez Romero da voz a quienes fueron silenciadas y reivindica el poder de quienes, con una pelota en los pies, se atrevieron a desafiar el orden establecido.

Una historia emocionante sobre el coraje, la dignidad y la fuerza de los sueños capaces de atravesar un siglo.

Facundo Gómez Romero es un escritor, arqueólogo y antropólogo argentino. Es licenciado en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires y doctor en Arqueología Prehistórica por la Universidad Autónoma de Barcelona. Su carrera académica se ha centrado en la arqueología histórica de la frontera sur bonaerense, especialmente en el estudio de los fortines, las pulperías, las antiguas estancias y las relaciones entre pueblos indígenas y criollos durante el siglo XIX. Además de su labor científica, Gómez Romero ha desarrollado una destacada trayectoria como escritor de narrativa histórica. Sus novelas y libros de relatos recrean la vida en las pampas argentinas, combinando un sólido rigor histórico con elementos de ficción para acercar al público los conflictos, costumbres y personajes de la frontera.

MIXTO
Papel | Apoyando la silvicultura responsable
FSC® C111592
FSC www.fsc.org

BLUME

ISBN 979-13-88454-12-7
9 791388 454127